

En un momento histórico caracterizado por la crisis de las organizaciones sociopolíticas tradicionales, por el auge del individualismo, por la desafección democrática, la participación en organizaciones voluntarias parece haberse convertido en tabla de salvación para una sociedad que, definiéndose en términos jurídico-políticos como Estado Social y de Derecho, descubre alarmada que el espejo ante el que se contempla devuelve una imagen ajada por la corrupción, la exclusión y la desesperanza. Pero, afortunadamente, esta sociedad puede presumir del vigor de su voluntariado. Cientos de organizaciones registradas, miles de profesionales «sin fronteras», docenas de proyectos en curso, diálogo entre instituciones y sociedad civil... Hablar del «voluntariado» se ha convertido en algo normal. Hasta tal punto está llegando la normalización del voluntariado, que se hacen leyes sobre el mismo: ser voluntario, ser voluntaria, empieza a considerarse algo natural. Esta misma normalización debería ponernos en guardia: ¿de verdad es tan «natural» ser voluntario o voluntaria?

Se apela al voluntariado como medio de moralización de la sociedad. Da la impresión de que en la vida profesional (mucho menos en la política) no es posible tener un comportamiento moral y solidario y por ello es preciso dedicar un tiempo semanal para la solidaridad social. De esta forma se produce un fenómeno de dualización moral. Se mantienen dos lógicas, dos discursos, una doble moral: por un lado, la lógica de la rentabilidad, del cálculo, de la eficacia; por otro la lógica de la solidaridad, la gratuidad. En la práctica, se acaba por caer en una esquizofrenia social, indiferente al hecho de que pretende resolver en los ratos libres los males que se producen en los ratos ocupados. Por desconfianza hacia la política, el voluntariado renuncia a hacer política. Se puede llegar al extremo de promover un paradójico *voluntariado privado*, un voluntariado que, a pesar de realizarse en la esfera pública, se desarrolla de espaldas a cualquier perspectiva pública: ni en sus motivaciones, ni en sus objetivos, ni en sus acciones concretas, es sensible este voluntariado a la dimensión pública de la intervención ciudadana.

El voluntariado se convierte así en la mejor coartada para el Estado-mínimo. En un contexto de crítica conser-

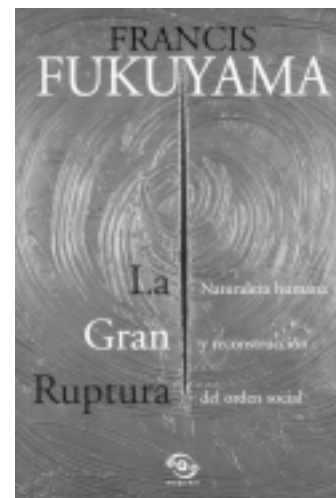
## imanol zuberu

vadora al Estado de Bienestar, el que el voluntariado organizado pueda servir como coartada para una desestatalización de determinadas funciones sociales, trasladando el Estado a la sociedad organizada la responsabilidad de atender a las mismas. Ya se ha encontrado una nueva y, es cierto, atractiva denominación para ese modelo de organización social: del Estado de bienestar a la “Sociedad de bienestar,.. Un *tercer sector-sandwich*, embutido entre el Estado y el mercado, menesteroso ante los medios de comunicación, atractivo para una ciudadanía satisfecha. De este modo, el tercer sector acaba por vincularse vicariamente tanto al mercado (por la vía del empleo) como al Estado (por la vía de la subvención), perdiendo toda capacidad transformadora, viéndose reducido a un “voluntariado olímpico,.. que recauda fondos mediante la organización de “tele-maratones,.. Todo, como podemos ver, muy griego, perfectamente funcional para una sociedad que ha vuelto al viejo modelo de la ciudadanía para los pocos sustentada por la exclusión de los muchos.

En este contexto, siempre son bien recibidas las reflexiones y las investigaciones sobre la realidad, las dificultades y las posibilidades de una sociedad civil cada vez más magmática. Los libros que presentamos hoy son contribuciones, desde perspectivas bien diversas, a esta tarea de reflexión.

En *La Gran Ruptura*, Fukuyama desarrolla algunos de los temas abordados en su anterior obra, titulada *La confianza*. Su punto de partida es asimilable a la perspectiva clásica de los neoconservadores norteamericanos más serios, como Daniel Bell —el problema del capitalismo está en sus contradicciones culturales— y Robert Bellah —sólo es posible reconstruir el orden social fragmentado mediante el desarrollo armonioso de determinados hábitos del corazón—, por lo que el libro no está exento de críticas a la voracidad de la racionalidad económica, siempre dispuesta a extender su lógica a cada vez más ámbitos de nuestras vidas.

El segundo libro está escrito por el Benjamin R. Barber, autor del muy debatido *Jihad vs. McWorld* (Times Books, 1995). Barber comparte preocupaciones con Fukuyama, pero su perspectiva es mucho más crítica con los fundamentos de la sociedad capita-



lista. Situado en la órbita intelectual del comunitarismo liberal, se trata de una excelente propuesta para la rehabilitación de una sociedad civil que contribuya a conformar nuestras sociedades complejas como un auténtico “lugar para todos,..”

Con el tercero de los libros, editado por Subirats, nos adentramos en el análisis empírico de la realidad de la sociedad civil en España. Su tesis es la siguiente: en España no existe una concepción de lo público como un ámbito de responsabilidad colectiva, careciendo de una sociedad civil fuerte, estructurada y responsable; ese ámbito de lo civil, ese espacio público, es más bien un terreno ocupado por las administraciones públicas o por el mercado o, más sencillamente, es considerado un terreno de nadie.

El último de los libros profundiza en estas cuestiones, analizando la realidad del sector no lucrativo en España. Cuando ya estábamos cerrando este boletín, hemos tenido noticia de la publicación de un estudio dirigido por José Ignacio Ruiz Olabuénaga, en el que se compara la realidad española con otros 21 países atendiendo a sus dimensiones económicas y asociativas.

### Los libros:

- Francis Fukuyama, *La Gran Ruptura*, Ediciones B, Barcelona 2000.
- Benjamin R. Barber, *Un lugar para todos*, Paidós, Barcelona 2000.
- Joan Subirats (Ed.), *¿Existe sociedad civil en España? Responsabilidades colectivas y valores públicos*, Fundación Encuentro, Madrid 1999.
- José Ignacio Ruiz Olabuénaga (dir.), *El sector no lucrativo en España*, Fundación BBV, Bilbao 2000.